

LA CONFIRMACIÓN EN 9 PALABRAS

Espíritu. El Espíritu Santo, el Espíritu que movía a Jesús, Dios mismo hecho fuerza, fuego, potencia transformadora. ¡Dios mismo dentro de nosotros! Recibir la confirmación es recibir plenamente ese Espíritu, que se nos dio ya en el día de nuestro bautismo pero que ahora nos llena del todo y para siempre: nuestra vida, desde ahora, se acerca con la mayor plenitud a la vida misma de Jesús, para que vivamos lo mismo que él, caminemos por el mismo camino que él, luchemos por lo mismo que él, amemos lo mismo que él. Y así entremos más a fondo en la comunión de vida de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Sacramento. La confirmación es uno de los siete sacramentos de la Iglesia, uno de los siete momentos en los que vivimos de lleno



la presencia y la fuerza de Dios en nosotros. Un sacramento es una acción con la que Dios hace presente en nosotros su amor, su cercanía, su gracia, su vida inagotable. A través de unos gestos visibles y unas palabras, entramos en lo más hondo de nuestra fe: Dios que viene a nosotros.

Reafirmación. La palabra “confirmar” significa hacer más firme, más sólido, más definitivo. Por el bautismo, hace ya años, iniciamos el camino cristiano, entramos a formar parte de la familia de los hijos de Dios, se nos dio el Espíritu de Jesús que nos empuja a creer en él y a vivir como él. Ahora todo esto se reafirma, se confirma, se hace definitivo.

Unción. El momento central de la confirmación es cuando el obispo unge al que se confirma con el óleo santo (llamado “crisma”), igual como se hacía en la antigüedad con los sacerdotes o los reyes al inaugurar su mandato. Del mismo modo que un masaje pone a tono y hace que uno rinda más en una competición deportiva, o se cure de según que enfermedades o lesiones, o se sienta mejor y más animado para las actividades de cada día, y del mismo modo que un perfume impregna el cuerpo con su buen olor, el signo de la crismación con este aceite perfumado hace visible la acción de Dios que da su Espíritu a los que se confirman: su gracia los impregnará profundamente, y les pondrá a tono, y les dará fuerza, y los hará semejantes a Cristo, para continuar su misma misión en el mundo. De hecho, las dos palabras con las que Jesús fue llamado, “Cristo” y “Mesías”, significan precisamente, en griego y en hebreo, “ungido”: porque Jesús, hombre como nosotros, tenía plenamente esa fuerza del Espíritu Santo que ahora se nos da.

Iniciación. Desde muy antiguo, se dice que la iniciación cristiana (es decir, el proceso por el que una persona llega a ser cristiana totalmente) se realiza por medio de tres sacramentos: el bautismo, la

eucaristía y la confirmación. El bautismo es la puerta que introduce en la vida de creyentes, la eucaristía lleva a participar de la mesa que reúne a toda la familia cristiana con Jesús, y la confirmación reafirma definitivamente todo el camino. Recibir la confirmación es, por tanto, acabar el proceso de iniciación y comenzar la vida de cristianos adultos. Una vida que estará acompañada por los demás cristianos, porque nadie puede serlo por libre: necesitamos el grupo, la comunidad, para animarnos mutuamente en el camino y para vivir juntos la presencia de Jesucristo en medio de nosotros.

Iglesia. La Eucaristía es el sacramento de la incorporación plena a la comunidad cristiana, la Iglesia. Por el bautismo, desde luego, empezamos ya a ser hijos de Dios y miembros de su pueblo, de su familia. Pero ahora esa incorporación queda puesta de relieve de un modo especial. El hecho de que sea el obispo (cabeza visible de nuestra Iglesia diocesana, y signo de comunión con las demás Iglesias diocesanas, en el conjunto de la entera Iglesia de Cristo) el que administre el sacramento, lo manifiesta muy vivamente. Él confirma nuestra condición de miembros de la Iglesia. Y nosotros nos sentimos llamados a participar más activamente en la vida de esa comunidad de seguidores de Jesús, formada por personas muy distintas, que, con sus virtudes y sus defectos, quiere hacer presente la Buena Noticia de Jesús en medio del mundo.

Deseo. Todo eso que el sacramento nos da, no tendrá sentido si nosotros no lo queremos. En el bautismo, el niño o la niña no desean nada, porque no son capaces. Pero nosotros, ahora, sí somos capaces. Por eso recibimos la confirmación: porque deseamos que la fuerza de Dios venga a nosotros, y nos haga plenamente cristianos, plenamente miembros de su familia.

Compromiso. Recibir la confirmación es una llamada seria, fuerte, llena de empuje, capaz de transformar la vida. Cuando uno se ha encontrado cara a cara con Jesús, cuando uno se ha llenado de su Es-

píritu, se nota en todo lo que hace y en todo lo que vive. Recibir la confirmación implica un compromiso profundo, reflexionado, constante: en la oración, en la vida de comunidad (de grupo, de movimiento, de parroquia...), en la relación con los demás, en la participación en actividades de servicio y de solidaridad, en el trabajo por todo lo que contribuya a construir un mundo más digno, en el testimonio de la fe, en la capacidad de transmitir esperanza... Y quizá también –¿por qué no?–, en el planteamiento de una dedicación más plena, como sacerdote, o como religioso o religiosa, o en un país del Tercer Mundo...

Testimonio. Si creer en Jesús e intentar vivir como él es algo que nos da alegría y nos llena, seguro que queremos que todos aquellos que tenemos cerca de nosotros puedan experimentar eso mismo que nosotros experimentamos. Los apóstoles, cuando recibieron el Espíritu, cuando se sintieron verdaderamente llenos de Jesús, salieron a todas partes para que todo el mundo lo conociera. Ser testigos de Jesús significa esto: vivir muy a fondo el camino del Evangelio (la fe, la oración, el amor, el servicio, la lucha por la justicia...) y transmitir a nuestros amigos y a cualquier otra persona la alegría que Jesús nos da, e invitarles –si quieren: porque la fe nunca puede imponerse– a vivirla también.

